Emotions and their Relation to Cognition: Reflections about Anthony Kenny's Objections against Theories of Feeling

Andrea F. Melamed
Instituto de Investigaciones Filosóficas (Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, SADAF), Argentina
e–mail: dasilvajairo1@gmail.com

ABSTRACT

his paper takes as its focus William James' (1884, 1890) and Anthony Kenny's (1963) proposals and strives to show that their point of view is better understood when interpreted as proposals for investigations with different objectives and placed at different angles of complex research revolving around emotions. As James and Kenny are conceived, furthermore, as paradigmatic authors of, respectively, the none–cognitive and cognitive perspectives, this approach to the interpretation of their positions will create new access routes for a dialogue between the traditions and will establish new grounds for a reconciliation between these conceptions in a more ample framework.

WORK TYPE

Article

ARTICLE HISTORY

Received:
27–December–2017
Accepted:
23–May–2018

ARTICLE LANGUAGE

Spanish

KEYWORDS

Emotion
Cognitive Theories
Somatic Theories

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2018

NOTES ON CONTRIBUTOR

Andrea F. Melamed is a Lecturer at the University of Buenos Aires, Argentina, and a Researcher at the Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF), Argentina. PhD in Philosophy at the University of Buenos Aires. His main interests are the philosophy of psychology, neuropsychology and the neuroscience. She is also interested in metaphysics, philosophy of logic and logic in general.

HOW TO CITE THIS ARTICLE

Melamed, Andrea F. (2018). «Las emociones y su relación con la cognición: consideraciones sobre las objeciones de Anthony Kenny a las feeling theories». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 7, no. 8: a004.

© The author(s) 2018. This work, published by Disputatio [www.disputatio.eu], is an Open Access article distributed under the terms of the *Creative Commons License* [BY–NC–ND]. The copy, distribution and public communication of this work will be according to the copyright notice (https://disputatio.eu/info/copyright/). For inquiries and permissions, please email: (✉) boletin@disputatio.eu.

Las emociones y su relación con la cognición: consideraciones sobre las objeciones de Anthony Kenny a las *feeling theories*

Andrea F. Melamed

1. WILLIAM JAMES NOS INVITA A REFLEXIONAR acerca de lo que hace que una emoción sea tal cosa, desplegando su argumentación a partir siguiente experimento mental: supongamos que a una emoción cualquiera se le sustrajera el calor sensorial que habitualmente la acompaña, ¿qué quedaría? La intuición es clara, sea lo que sea que quede, no cabría llamarle emoción en sentido propio. Más aún, si algo resta, como mucho será una cognición fría (James, 1884, p. 193). La imagen anterior revelaría cierta *intuición* que tenemos respecto de qué son las emociones. Al mismo tiempo, ilustra o circunscribe los casos que serán los ejemplos paradigmáticos del fenómeno a describir. Cuando nos referimos al miedo, atendemos a esa sensación que recorre nuestro cuerpo cada vez que *sentimos* que alguien se acerca en la oscuridad. Sin embargo, la vida mental de los seres humanos ha probado ser tan intensa y poderosa, tan compleja y profunda, que los mismos actores no descansamos luego de reconocer o «etiquetar» *ese* estado fisiológico como tal o cual, queremos conocer más: nos preguntamos por qué esa *irrupción* nos produjo ese conjunto de sentires corporales. Encontramos así correlaciones (o relaciones causales) que nos permiten establecer regularidades y entender cómo funcionamos en el ambiente que nos rodea. Es en esa búsqueda de comprensión que se establece que (habitualmente) le tememos a las cosas peligrosas. O, quizás, que algunas cosas se convierten en reconocidos peligros, en «peligrosas», como consecuencia de las reiteradas correlaciones con estados emocionales.

Muchos teóricos, abocados a comprender qué son y cómo funcionan las emociones, han llegado a sugerir que la peligrosidad del mundo (determinado aspecto del mundo que es aprehendido como peligroso —valorado, evaluado, apreciado— para mí) debe formar parte de la descripción del episodio emocional propiamente dicho (como componente constitutivo) o bien del conjunto de causas externas pero necesarias para su existencia. Lo cual, a su vez, derivó en la escisión en dos modos muy diversos (y para algunos irreconciliables) de concebir a las emociones, organizadas en las denominadas corrientes cognitiva y perceptual (o simplemente no cognitiva).

Este trabajo apunta a mostrar que la disputa entre las concepciones cognitivas y no cognitivas de las emociones, si bien puede ser compatibilizada —como traté en otro trabajo (Melamed, 2015, 2016), y como también sostienen en mayor o menor medida autores como Charland (1997), Prinz (2003, 2004, 2005) y Robinson (2005) — debe ser entendida como una querella programática puesto que surge y se sostiene en un desacuerdo respecto del carácter de la investigación. En otras palabras, aquello que deseo defender es que la pretendida disputa

© The author(s) 2018. This work, published by Disputatio [www.disputatio.eu], is an Open Access article distributed under the terms of the *Creative Commons License* [BY-NC-ND]. The copy, distribution and public communication of this work will be according to the copyright notice (https://disputatio.eu/info/copyright/). For inquiries and permissions, please email: (✉) boletin@disputatio.eu.

en rigor se basa en una comprensión heterogénea tanto del fenómeno como de la *tarea a desarrollar*: mientras algunos autores se proponen dar cuenta del fenómeno psicofísico (aquello que sucede cuando el sujeto tiene o siente miedo[1]), otros quieren dar cuenta de cómo los seres humanos aplicamos los términos del lenguaje emocional, es decir, quieren dar cuenta de la gramática de los conceptos de emociones. Para lo último, naturalmente, es necesario incorporar un conjunto de dimensiones que está claramente ausente de la pregunta estricta por los estados psicofísicos. A tal efecto, la estrategia aquí implicará centrarse en las propuestas de William James (1884, 1890) y Anthony Kenny (1963, 1989), y mostrar que sus perspectivas se entienden mejor si son concebidas como propuestas de investigación con propósitos diferentes y ubicados en distintos ángulos de una investigación global y compleja en torno a las emociones. Adicionalmente, en tanto los James y Kenny se conciben como autores paradigmáticos de las perspectivas no–cognitiva y cognitiva respectivamente, una consecuencia ulterior de este modo de interpretación de sus posturas, es que abriría un nuevo camino para el diálogo de las tradiciones y sentaría las bases para una reconciliación entre estas concepciones en un marco más amplio.

2. El trabajo de William James tiene como marco general cierto reclamo por el olvido que sufrieran las emociones en la investigación empírica del cerebro llevada adelante por los fisiólogos. Teniendo en cuenta que estas investigaciones se articulaban a partir de la segmentación del cerebro en dos centros, el sensorial y el motor, está partición encontraba asimismo sustento en las divisiones que la psicología empírica llevaba adelante en paralelo. El olvido de las emociones en estas exploraciones se puede explicar por alguna de las siguientes razones: o bien se debe a que se asientan en centros cerebrales distintos e independientes; o bien los procesos emocionales se corresponden con procesos que ocurren en los mismos centros motor y sensorial (o en otros como ellos, todavía no trazados). Desplegando una defensa del segundo tipo, James busca sostener que los procesos cerebrales de las emociones no sólo se parecen mucho a los procesos cerebrales detrás de los procesos sensoriales, sino que, en rigor, no son más que esos procesos combinados de diversos modos. De este modo, nace la denominada «teoría del *feeling*», habitualmente atribuida a William James (1884), pero propuesta de modo independiente y casi simultáneo por Carl G. Lange (1885). James concentra su estudio en las emociones que tienen una expresión corporal distintiva (veremos a continuación cómo debe entenderse esta relación de «expresión»), es decir, la atención está puesta sobre lo que él denomina emociones *estándar*[2], esto es, a las emoción que están acompañadas por un conjunto de alteraciones corporales (James, 1884, p. 12).

[1] Tener miedo y sentir miedo no son sinónimos. Algunos autores hacen hincapié en que es posible tener miedo, sin tener consciencia de estar en ese estado, es decir, sin sentir miedo (entre ellos, Damasio, (1994); Lewis (2008); Prinz, (2005).

[2] Esta delimitación explícita sobre los tipos de emociones sobre los que versa su teoría (me refiero a las «emociones básicas») no implica que no reconozca y la existencia de otro conjunto de emociones, que además serán tematizadas por fuera del alcance de la *feeling theory*. Ejemplos de las emociones no–estándar, son el placer intelectual que surge al resolver un problema matemático, o

Una de las características más sobresalientes de la propuesta de James reside en la *revolución* que realiza sobre el modo habitual (en aquel entonces) de reflexionar acerca de los estados emocionales. Según este modo estándar, un estado emocional es resultado de la percepción de un objeto o evento, y es luego la *causa* del conjunto típico de expresiones físicas y faciales. Es decir, el sentido común dicta que, si enfrentamos un peligro, entonces tenemos miedo y luego o por ello, huimos. La sugerencia de James apunta a invertir la secuencia anterior, sin dejar fuera a ninguno de los elementos previos: los cambios corporales seguirían directamente la percepción del evento, de modo que «nuestro *sentir* de esos cambios, mientras ocurren, ES la emoción» (James, 1884, p. 13, énfasis del autor). Es decir, un estado mental (la emoción) no es inducido inmediatamente por el otro (la percepción de objetos o eventos, o la consideración de ideas), las manifestaciones corporales deben interponerse (James, 1884, p 13). De modo que lo correcto sería decir que, ante cierto evento que, por ejemplo, implique una amenaza o un peligro, los cambios corporales aparecerían de modo inmediato, siendo la percepción de aquellos cambios fisiológicos y conductuales, lo que constituye la emoción[3]: «… nos sentimos tristes porque lloramos, furiosos porque golpeamos, o asustados porque temblamos; no es que lloremos, golpeemos o temblemos porque estemos tristes, furiosos o asustados, como cabría esperar» (James 1884, p. 13). Asimismo, sin esos cambios corporales que siguen directamente a la percepción del evento relevante, no cabría hablar de estado emocional, sino a lo sumo, de un estado puramente cognitivo, pálido, sin color, desprovisto de toda calidez emocional.

La propuesta de James se torna revolucionaria en relación con la doble especificación de la noción de sentir corporal: (a) como central o indispensable para que una emoción tenga lugar[4], y además (b) inmediata. Como dijimos antes, sin estos sentires, si tuviéramos un encuentro como un objeto *peligroso*, podríamos *juzgar* que lo mejor es huir, pero en rigor, no cabría decir que tenemos miedo. Pero lo que es más importante aún, en particular con respecto a la disputa con las perspectivas cognitivas de las emociones, es que las emociones así concebidas, definidas como la percepción o más estrictamente el *sentir* de los cambios corporales, no están bajo ningún aspecto constreñidas por ningún tipo de mediador de índole cognitivo[5].

el fastidio o frustración que resultan de no poder resolverlo. Todo el punto es que simplemente no serán el objeto de este estudio.

3 Prinz (2004, 2005) y Goldie (2000) sofistican este esquema, incluyendo la posibilidad de que la emoción ocurra sin que exista una percepción consciente de ella, como anticipé en la nota 1.

4 «Una emoción humana puramente descarnada [*disembodied*] es una no entidad» (James, 1884, p. 18). Asimismo, cabe advertir que existe cierta polémica en torno a cómo ha de interpretarse de la teoría jamesiana, es decir, si los cambios corporales han de ser concebidos como condición necesaria o como condición suficiente para las emociones. Un siglo después de la publicación original de James, el legado jamesiano y en particular esta polémica interpretativa sigue siendo objeto de discusión, tal como ha quedado registrado en un número especial de la revista *Emotion Review* (Deigh, 2014; Dror, 2014; Ellsworth, 2014; Laird & Lacasse, 2013; Reisenzein & Stephan, 2014).

5 Esta equiparación entre emoción y *sensación* visceral, ha motivado que algunos autores consideren consecuencia directa de esta teoría, la necesidad de que existan distintos subconjuntos de cambios

De este modo, James subsana la omisión que sufrieron las emociones en los estudios fisiológicos y psicológicos de su época, enmarcando su estudio dentro de esa misma estructura teórica: las emociones pueden y deben ser entendidas y explicadas a partir de los mismos mecanismos que dan cuenta de otras experiencias sensoriales.

3. Kenny toma como punto de partida el análisis experimental de las emociones, con el objeto de mostrar que la habitual asimilación (en el sentido de que es más que una mera asociación, pero no necesariamente implique una reducción) de las emociones a (la sensación de) determinado conjunto de cambios corporales, no consigue realmente echar luz sobre el fenómeno emocional. Si bien en este punto, su principal adversario es William James, como hemos visto, exponente de la perspectiva somática, la conclusión que deriva de su análisis alcanza a cualquier intento cientificista/experimental de dar cuenta del fenómeno, siendo que la principal dificultad que Kenny señala se sigue de la imposibilidad de realizar mediciones. En esta dirección considera y rechaza tanto los métodos basados en enfoques introspeccionistas, como los conductistas. Las razones que brinda contra el primero se basan en la imposibilidad, por principio, de determinar la corrección o incorrección del reporte que un sujeto proporciona sobre sus propias experiencias (que se apoya en la muy bien conocida asimetría entre la primera y la tercera persona).

Pero más interesantes resultan los argumentos que provee para rechazar en última instancia al enfoque jamesiano. Puesto que James sitúa en un lugar central del fenómeno emocional a los cambios corporales (i.e. que las emociones en su generalidad están acompañadas de cambios corporales), y que estos son indudablemente mensurables (ya sea por medio de la simple observación o a través de la utilización de instrumentos), el punto fuerte de la argumentación naturalmente deberá apoyarse en otro lugar. Precisamente debido a que los cambios corporales resultan fácilmente medibles, especula Kenny, es que algunos psicólogos experimentales se vieron tentados a asumir que, a través de la medición de los cambios corporales, estaban midiendo las emociones propiamente dichas. De esta manera, Kenny prosigue su argumentación con el objetivo específico de desligarlos, sentando así las bases para defender su posición cognitiva.

En su análisis parte del hecho de que las emociones admiten grados de intensidad. La objeción que realiza Kenny se articula a partir del hecho de que disponemos de dos criterios distintos para la medición de emociones, y que a veces arrojan resultados contradictorios. De manera que, excepto que dispusiéramos de pautas precisas que indiquen en qué casos utilizar qué criterio, nos veríamos en problemas. Es decir, es un hecho tenemos emociones de diverso calibre, no sólo en calidad, sino también en cuanto a su intensidad (de manera tal que sentimos ira, amor y miedo profundos, así como también, emociones débiles o ligeras). El problema surge cuando reconocemos que hay dos caminos para calificar que el miedo de Juan es *fuerte*.

corporales para cada emoción distinguible (Cannon, 1927). La imposibilidad de reconocer perfiles fisiológicos distintivos convirtió a esta exigencia en una sólida objeción a la teoría.

El primero de los criterios es la fuerza o intensidad de los cambios corporales (donde los cambios corporales son entendidos en sentido amplio para incluir todo tipo de cambio desde el nivel fisiológico más básico hasta expresiones gestuales. El segundo criterio atiende a la influencia que las emociones tienen sobre la acción voluntaria: «cuan poderosa es una emoción depende de qué tanto de la conducta del sujeto puede ser explicada por referencia a ella» (Kenny 1963, p. 35). Es decir, mientras que el último criterio inscribe a las emociones como motivos, el primero lo hace como sentires [*emotion as feeling; emotion as motive]*.

La existencia de dos criterios de medición no es por sí misma problemática. La situación se complica al notar que la pertinencia de un criterio u otro surge del objeto de la emoción (y no del tipo de emoción). Es decir, mientras que la intensidad del miedo a las serpientes puede ser medido más adecuadamente por el primer método, la fuerza del miedo a la inflación, sólo puede mensurarse por el segundo[6]. Naturalmente esto se apoya en la intuición de que temores del último tipo comúnmente no presentan ningún conjunto típico de cambios corporales, de modo que se hace manifiestamente necesario disponer de un criterio que no recaiga sobre ellos; pero de ningún modo supone que sólo uno de estos criterios es adecuado para cada emoción.

Desafortunadamente, este criterio tampoco basta para resolver el problema original, puesto que la medición de la intensidad de una emoción como motivo difícilmente pueda ser precisa, como pretendían los ya mencionados psicólogos experimentales. En otras palabras, a pesar de la disponibilidad de un criterio que dicta que un (a emoción como) motivo es fuerte si gobierna de modo prolongado la conducta de un sujeto, no es posible diseñar un aparato para mensurar la *importancia* de las acciones humanas (como sí es posible registrar la frecuencia e intensidad del ritmo cardíaco). Este problema reviste una importancia capital puesto que no se trata simplemente de un problema empírico/tecnológico, en el sentido de que aún no se encuentra disponible un aparato lo suficientemente sofisticado como para arrojar el resultado pretendido (pero que eventualmente podría existir), sino que el problema es de índole teórico, siendo que las condiciones de satisfacción de ese criterio son las que no están claras. A partir de este obstáculo Kenny extrae conclusiones aún más fuertes: «se sigue de la imposibilidad de medición precisa de la intensidad de los motivos que es también imposible en principio hacer mediciones precisas de la intensidad de los sentires emocionales» (Kenny 1963, p. 38).

6 Resultaría sencillo responder a la objeción que se sigue a partir de este punto, siendo que las emociones de miedo a catástrofes de índole financiera presumiblemente no formen parte del campo de las aplicaciones pretendidas de la teoría de James, en el sentido de que, si resultara cierta la intuición de Kenny de que ese tipo de miedo no conlleva cambios corporales típicos, entonces no caería dentro del recorte de fenómenos sobre el que James quería dar cuenta. Recuérdese, tal como mencionamos en el primer capítulo, el análisis de James se realiza en el seno de la distinción entre *coarser emotions* y *subtler emotions* (James, 1890, p. 743), y que ya antes en «*What is an emotion?*» (James, 1884) había excluido explícitamente: «Antes que nada debería decir que las únicas emociones que me propongo expresamente considerar aquí son aquellas que tienen una expresión corporal distintiva» (James, 1884, p. 189).

4. A esta altura ya es posible señalar una primera aproximación a la diferencia de objetivos que quiero puntualizar: mientras la teoría del sentir jamesiana (ejemplar paradigmático de la perspectiva perceptual de las emociones (Charland 1997) concibe a las emociones como aquellos fenómenos psicofísicos, el enfoque de Kenny (uno de los principales exponentes de la perspectiva cognitiva, como teórico de las actitudes proposicionales (Griffiths 1997)) analiza las emociones por su valor en la explicación de la conducta. Es decir, Kenny en tanto filósofo del lenguaje ordinario, cuyo principal objeto es describir nuestros usos del lenguaje natural, hace foco en nuestro modo de hablar sobre las emociones, convirtiendo su examen en una búsqueda por criterios conductuales (es decir, la búsqueda de evidencia para la atribución de emociones). En este sentido, cabe resaltar que Kenny está defendiendo una posición marcadamente wittgensteniana, según la cual «una explicación en términos de razones no es una forma de, no es reducible a, y es ciertamente incompatible con la explicación causal» (Wilson 1972, p. 3)

Podría discutirse si acaso los dos tipos de explicación pueden coexistir, a pesar de su referida incompatibilidad,[7] no obstante, me basta aquí con señalar que una vez que se ha asumido la diferencia, resulta esperable que las motivaciones y expectativas de unas y otras perspectivas sean diferentes.

Apoyándose en la intuición de que no por casualidad usamos términos como «amor», «odio» y «miedo» tanto para describir sentires como para atribuir razones (motivos), defiende la idea de que estos son distintos usos del mismo concepto, y que no es sino a través de su conexión necesaria con la conducta motivada que los sentires son identificados como sentires de una emoción particular, de modo tal que si es la conducta la que media para identificar sentires, y ésta no puede ser adecuadamente mensurada, dicha imposibilidad sería, naturalmente, transmitida a los sentires.

Pero ¿acaso los cambios corporales no eran fácilmente medibles? Tal como anticipé, la argumentación concluye con la disociación de los sentires y los cambios corporales: los fenómenos corporales pasibles de ser medidos con precisión no son idénticos a los sentires de los cuales son característicos, puesto que tienen una conexión contingente con la conducta motivada. El punto aquí es que, si bien existe una conexión conceptual entre el sentir y su objeto, los procesos fisiológicos carecen de intensionalidad [*intensionality*],[8]es decir, pueden ser el vehículo (o en términos aristotélicos, la materia) de una emoción, pero no son ellos

7 En rigor, sostengo que como mucho se trata de dos 'momentos' relativamente independientes en el complejo proceso que da lugar a los episodios emocionales.

8 Kenny define heurísticamente a la intensionalidad como «la propiedad formal que es peculiar a la descripción de los eventos y estados psicológicos» (Kenny, 1963, p. 194). Así definida la intensionalidad, resulta notable la cercanía con la noción clásica de 'intencionalidad'. Cabe aclarar que, aunque sean niveles de análisis distintos, el nivel intensional en el enfoque gramatical se encuentra estrechamente vinculado al nivel intencional, que atiende a los objetos intencionales. La intuición de que estos niveles se encuentran del mismo lado de análisis, creo yo, ha llevado a que Marks (1982) le atribuya a Kenny la demostración de que la teoría del sentir es insostenible en virtud del carácter intencional de las emociones.

mismos emociones,[9] puesto que, adicionalmente, ciertos fenómenos somáticos característicos de emociones específicas pueden ocurrir también en conexión con otras emociones[10] —hecho que constituye una de las objeciones estándar a las teorías somáticas de las emociones (Cannon 1927)—.

Kenny, no obstante, repara en que esto no basta para dar por tierra la propuesta de William James, que no identifica a las emociones con los cambios corporales sino con la percepción de tales cambios,[11] de modo que dedica unos párrafos adicionales para mostrar cómo, desde su punto de vista, el giro jamesiano tampoco se sostiene. Si hasta el más mínimo cambio corporal debe ser sentido [*felt*], ¿cuál será el *criterio* de tal sentir del cambio corporal?

Para comprender hacia dónde apunta esta pregunta es preciso notar que, aunque no sea mencionado explícitamente en este lugar, la noción de criterio que Kenny parece tener en mente aquí es la noción wittgensteiniana. Según la propia descripción de Kenny (1989), Wittgenstein distinguió entre dos tipos de evidencia que podemos tener de que cierto estado de cosas se está dando:

> Donde la relación entre cierto tipo de evidencia y la conclusión extraída de ella es materia de determinación empírica, mediante la teoría y la inducción, la evidencia puede llamarse síntoma del estado de cosas. Donde la relación entre la evidencia y esa conclusión no es algo descubierto mediante la investigación empírica, sino que debe ser captado por cualquiera que posea el concepto del tipo relevante de cosa, entonces la evidencia no es un mero síntoma, sino un criterio del estado de cosas en cuestión (Kenny 1989, pp. 33–34).

De este modo, la expresión física de un proceso mental sería un *criterio* para ese proceso (Kenny 1989, p. 33), puesto que los procesos mentales y sus manifestaciones en el comportamiento no guardan una relación causal de la clase de las concomitancias que surgen de la investigación empírica. Más bien, lo que defiende Kenny —siguiendo a Wittgenstein— es que las condiciones de posesión de estos conceptos (mentales) se encuentran indefectiblemente vinculadas, es decir, dependen necesariamente de haber identificado un conjunto de conductas o expresiones corporales típicas, y en este sentido, identificar una

9 También Damasio (1994, 1999) y Prinz (2005) desde un enfoque neojameseano, distinguen entre emoción y *sentir*.

10 Aunque no sea el objetivo principal del capítulo, Kenny desliza subrepticiamente la distinción clave entre dos clases de conexiones: la conexión conceptual que mantendría la conducta motivada con los *sentires*, por un lado, y la conexión contingente que mantendría la conducta motivada con los cambios corporales, por otro. Esta distinción resultará central en su determinación de la no pertinencia de los estudios experimentales de las emociones y más aún en la concepción general de las emociones.

11 Nótese cómo Kenny se refiere a la posición defendida por William James, siendo que en rigor James habla del «*feeling*» de los cambios corporales mientras estos ocurren, que se siguen directamente de la percepción de un hecho o evento. Siguiendo a Hacker (2004) el *feeling* al que se refiere James incluye a la percepción, pero no exclusivamente, de manera que no resulta obvio que estos términos puedan utilizarse de modo indistinto, al menos sin modificar la estructura conceptual de la propuesta de James.

manifestación característica de 'dolor' o 'amor' es parte de la posesión de aquel concepto, i.e. criterio para su aplicación.

Si ha de entenderse así, se ve que Kenny está requiriendo un principio analítico que sirva como una suerte de definición y, en consecuencia, de criterio de determinación del *sentir*, a efectos de que la teoría de James sea explicativa. Para ello considera los siguientes candidatos: (i) si el criterio es la conducta verbal del sujeto (lo que el sujeto dice), entonces la teoría es obviamente falsa, puesto que naturalmente pueden darse fenómenos emocionales sin la correspondiente conducta verbal, es decir, sin que el sujeto que la experimenta necesariamente afirme «tengo la emoción *x*» o «siento *x*»; (ii) si el criterio es la conducta no verbal del sujeto, entonces debe ser su manifestación o exteriorización [*display*] de la emoción, que por hipótesis es su conducta. En este segundo caso concluye que «si así es, James está meramente renombrando a las emociones como "percepciones de cambios corporales" y su teoría no tiene fuerza explicativa» (Kenny 1963, p. 41).

Con respecto a lo último se pueden hacer distintos comentarios. En primer lugar, la identificación que asume entre conductas (no verbales), expresiones o manifestaciones de las emociones y cambios corporales, resulta como mínimo, polémica. Si bien es cierto que éstas pueden superponerse en algunos casos, siendo que James concibe a los cambios corporales como aquellas perturbaciones que siguen inmediatamente a la percepción de un evento, perturbaciones que van desde la secreción de una glándula hasta la conducta abierta de huida, de todos modos es plausible distinguir entre conductas no verbales cuya función consiste en la expresión de las emociones —la expresión facial típica de miedo, u otras conductas no mediadas en ningún sentido por la voluntad (Darwin 1872; Ekman 1994)— de las conductas no verbales que, siendo constitutivas de las emociones no sirven para (i.e. no tienen la función de) expresarlas (pero que podrían servir, por ejemplo, de motivos para la acción).[12]

Por otra parte, Kenny estaría exigiendo un criterio de determinación de la posesión del concepto '*sentir*' que sea distinto de las conductas no verbales (que equipara con los cambios corporales), en parte como resultado de la confusión anterior. Como tal cosa no es posible, Kenny desconfía del concepto de sentir. Entonces, puesto que éste parece no agregarle nada a una teoría que identifica a las emociones con (la percepción de) los cambios corporales, concluye que la teoría sólo involucra un cambio de nombre y que como tal no tiene fuerza explicativa: es decir, puesto que carece de un criterio independiente de tales cambios corporales, el concepto de sentir parece superfluo y prescindible. Y lo que resulta aún más grave, la propuesta explicativa de las emociones, fracasa.

En segundo lugar, es posible realizar un comentario general al respecto de los presupuestos metateóricos de Kenny. Por una parte, la distinción entre lo que siguiendo a

[12] Sobre la relación entre *sentires* y motivos, dice: «Los conceptos de las diversas emociones se emplean, no sólo en la descripción de los sentimientos, sino también en la explicación de las acciones. Sentimos miedo y también lo expresamos; el amor no es sólo un sentimiento [*sentiment*], sino también un motivo para la acción. Es tentador creer que decir que una persona actuó por cierta emoción es decir que su acción fue precedida y causada por la aparición del correspondiente sentir; pero esto es incorrecto» (Kenny, 1989, p. 100).

Wittgenstein llama «síntoma» y «criterio» es problemática. Según tal distinción, los síntomas estarían determinados por enunciados de carácter fáctico, mientras que los criterios serían enunciados que establecerían relaciones conceptuales, y por tanto, analíticos. Sin embargo la filosofía ha mostrado que tal distinción es al menos problemática (Quine 1953) y la filosofía de la ciencia ha mostrado que los enunciados fundamentales de las teorías científicas (como la de James) tienen ambas funciones: por una parte, tienen contenido fáctico, y por otra son constitutivas del significado de los conceptos que en ella aparecen (Lorenzano 2008), motivo por el cual Kuhn las ha llamado «sintéticas *a priori*» (Kuhn 1990). Sería entonces en base a este equívoco —u omisión de la problematicidad de esta cuestión—, lo que lleva a Kenny a realizar una crítica ciertamente injusta a la teoría de James, desde el marco de su análisis conceptual. Como se ha mostrado en la historia de la filosofía de la ciencia, los conceptos teóricos no son definibles (i.e. son términos primitivos), y las teorías brindan únicamente criterios de determinación para ellos. Pero el hecho de que cierto concepto, perteneciente a cierta teoría, carezca de métodos de determinación independientes (como ocurriría si Kenny tuviera razón respecto del sentir) no implica que el concepto sea prescindible, ni que la teoría tenga un defecto epistemológico, pues usualmente las teorías científicas más importantes y exitosas de todas las disciplinas proponen nuevos conceptos (conceptos que no estaban disponibles con anterioridad) y que sólo pueden determinarse presuponiendo tales teorías (por lo que en el estructuralismo metateórico son llamados conceptos T–teóricos).[13]

Finalmente, Kenny concluye la argumentación del siguiente modo: según la teoría de James, el miedo consiste, al menos en parte, en la percepción de la secreción de las glándulas suprarrenales. Sin embargo, advierte, la gente sentía miedo mucho antes de que oyera hablar de estas glándulas. Resulta evidente, para el lector caritativo de James, que de ninguna manera podría haber querido implicar que la percepción o sentir de los cambios corporales involucrara una descripción en términos biológicos de tales cambios, es decir, una descripción completa que involucre a las glándulas suprarrenales en este caso; del mismo modo que mi gato (o cualquier otro animal no lingüístico) no precisa tener el concepto de glándula suprarrenal para sentir miedo y huir asustado ante un movimiento brusco o sonido estridente.

5. Pero vale la pena detenerse en lo que considero uno de los principales (y aún perdurables) aportes de Kenny, esto es, la distinción que subraya —también en deuda con Wittgenstein— entre la causa y el objeto de una emoción.

Para entender el origen de la distinción, es preciso detenerse a reflexionar en torno a la pregunta ¿por qué siento miedo? O dicho de modo más general ¿por qué *x* tiene la emoción *e*? Esta pregunta acerca del por qué esconde cierta ambigüedad (o más bien, encierra *dos* preguntas) que en cierto sentido se ven reflejadas en la variedad de respuestas que tal pregunta ha de recibir. Es decir, puede responderse señalando alguna causa remota, responsable de la adquisición de una disposición a ser afectado de un modo particular. Por ejemplo, si

[13] Sigo en este punto a Ginnobili (2007) quien señala una confusión semejante en la filosofía de la biología respecto del concepto de *fitness*, valiéndose del marco conceptual del estructuralismo metateórico (Balzer, Moulines, & Sneed, 1987).

analizamos el dicho popular «quien se quemó con leche, ve una vaca y llora», y nos preguntamos «¿por qué llora?» podemos responder que llora porque se quemó con leche, donde se señala en evento pasado que condiciona los futuros enfrentamientos con seres u objetos similares al que le produjeran el daño. En segundo lugar, puede contestarse que siente miedo de (porque) tiene una vaca cerca. Es decir, mientras la primera respuesta apunta a la **causa** o historia causal de la disposición, la segunda señala el **objeto** de la emoción. Si bien existen casos en los que estos pueden superponerse, o, dicho de otro modo, casos en los que el objeto de la emoción puede llegar a coincidir con su causa, son numerosos los casos en los que no lo hacen, haciendo necesaria su distinción conceptual.

> Así, el rostro que nos produce miedo, o fascinación (el objeto del miedo, de la fascinación) no es por ello su causa, sino —podría decirse—su dirección[14] (Wittgenstein 1988, I, 476).

Esta diferencia es fácilmente reconocible a partir del examen de las diversas estructuras lingüísticas de las que disponemos para hablar de las emociones. Por ejemplo:

(1) «estar enojado con *x*»;

(2) «estar enojado porque *x*»[15].

(1) y (2) se distinguen en cuanto a que (1) se refiere al objeto de la emoción, mientras que (2) se refiere a la causa. Adicionalmente, Kenny subraya que no tiene sentido preguntar por la causa (la historia causal) de una emoción antes de conocer el objeto de esa emoción. Esto se debe a que, desde la perspectiva de Kenny, es sólo a través del reconocimiento del objeto que es posible determinar el tipo específico de emoción.

Pero el lenguaje cotidiano también puede esconder imprecisiones. Considérese la proposición (v):

(v) «La conducta de Juan me causó vergüenza»

Por la utilización del término «causar» uno tendería rápidamente a asumir que la conducta de Juan es causa de mi emoción. Pero en rigor, algunas aplicaciones del lenguaje ordinario son equívocas: la conducta de Juan no es la causa de mi vergüenza, sino el objeto acerca del cual versa mi emoción (Gosling 1965). Vislumbrando esta opacidad, típica de numerosas expresiones lingüísticas ordinarias, Kenny sugiere que esta distinción resulta mejor trazada si se toman en consideración el conocimiento o las creencias del sujeto. De este modo, introduce una prueba que permite operar la desambiguación: dada una proposición, de la forma «A

[14] La traducción española traduce «dirección», Kenny usa el término inglés «target».

[15] En inglés «to be angry at» versus «to be angry because».

tiene–la–emoción–x porque *q*», que describe una emoción, debemos preguntar si es condición necesaria de la verdad de esta proposición que A conozca o crea que *q*. Si es así, la oración contiene una alusión al objeto de la emoción; si no lo es, a su causa (Kenny, 1963, p. 75). La distinción apunta a mostrar que es imposible estar enojada por [*because*] el modo en el que alguien habla, si no me percato del modo en el que habla (objeto), a la vez que sí es posible sentirme enojada porque [*because*] estoy famélica sin percatarme de que estoy famélica (causa)[16].

Esta distinción configura un segundo momento en la argumentación en tanto es ésta la que dará lugar a la reivindicación del carácter cognitivo de las emociones. Hasta aquí, se han producido dos grandes avances, para arribar a la idea de que las emociones se apoyan, es decir, dependen de las creencias del sujeto. En otras palabras, hemos alcanzado la conclusión de que únicamente bajo determinado conjunto de creencias (por ejemplo de que existe cierto peligro) puede un sujeto tener un tipo específico de emoción (p.e. miedo). En primer lugar, la idea de que una emoción es tal dependiendo de su objeto intencional[17] (que mantiene una relación contingente con los fenómenos físicos —cambios corporales, etc.—); y en segundo lugar, la distinción entre el objeto intencional de una emoción y la causa original que predispone a un sujeto a sentir una emoción frente a determinado objeto. De modo tal que de acuerdo a esta perspectiva, una emoción específica cualquiera, para ser tal, depende en primera instancia de su causa histórica originaria (no siempre conocida), pero principalmente, en el presente, de su objeto, *expresable proposicionalmente.*

La relación conceptual que los distintos tipos de emociones mantienen con las creencias del sujeto (i.e. el condicionamiento que las creencias imprimen sobre las emociones particulares) se puede ilustrar con un ejemplo que el mismo autor presenta. Considérese la situación en que un individuo dice que teme ganar la lotería. Este reporte produce cierta perplejidad, siendo que (al menos en principio o en circunstancias normales) tal situación no involucra peligro alguno. Esto no quiere decir que sea imposible temer la ganancia azarosa de dinero. Implica que sólo es posible temerle, si uno cree, quizás equivocadamente, que el dinero es dañino o trae aparejado circunstancias nocivas (Kenny 1963, pp. 191–193). De esta manera, Kenny encuentra cómo cerrar el círculo, mostrando de qué manera las emociones guardan una relación no contingente con sus objetos, concluyendo de este modo el esquema de la **gramática de los conceptos emocionales**. En pocas palabras, esta gramática provee las **reglas** generales de aplicación de los conceptos de emoción, según las cuales:

[16] Téngase en cuenta que la distinción apunta a desambiguar las afirmaciones que usan el «porqué», aunque suene algo forzado en español. De todos modos, queda claro que la importancia de la distinción trasciende el ámbito de la ambigüedad que introduce el «porqué».

[17] La noción de objeto intencional es la clásica aristotélica, canonizada por Brentano: «Todo fenómeno psíquico está caracterizado por la inexistencia intencional (o mental) de un objeto (…) la dirección hacia un objeto (…) En la representación hay algo representado, en el juicio hay algo admitido o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado; en el apetito, apetecido, etc.» (Brentano, 1874, p. 21)

a) Toda emoción está necesariamente relacionada con un objeto (de tal modo que, si el objeto formal no existe o no se lo puede reconocer, ese estado no es una emoción) (Kenny 1963, pp. 61–62).

La noción de objeto aquí presupuesta exige una elucidación ulterior:

a') el objeto que presupone la emoción es el objeto formal (intencional), sin objeto intencional no hay emoción. Pero de ninguna manera debe confundirse la noción presente de objeto (formal) con ninguna restricción acerca de los objetos particulares (véase la regla c).

b) La relación de una emoción con su objeto no es una relación causal; si lo fuera, tal relación sería contingente (Kenny 1963, pp. 71).

c) Los objetos posibles de cada emoción son inagotables, no hay combinaciones de emoción/objeto de emoción que sean imposibles, en tanto el sujeto tenga la creencia adecuada para que algo se constituya como objeto de su emoción (y permita superar el test mencionado anteriormente).

A la luz de estas reglas, resulta inteligible la afirmación de Kenny que reza que «el objeto del miedo es aquello que es temido» (Kenny 1963, p. 188). Lo que es temido, de modo general, representa el objeto formal de la emoción de miedo, a la vez que cada objeto particular de temor (un ruido fuerte, un agresor, etc.) se constituye como objeto material o particular[18]. Pero, ¿cómo se articula la regla (c) con la siguiente afirmación de Kenny?: «Asignarle un objeto formal a una acción es aplicar restricciones sobre lo que puede acontecer como el objeto directo del verbo que describe la acción» (Kenny 1963, p. 189). Las restricciones que Kenny tiene en mente son restricciones propias de la lógica o la gramática de los conceptos de emoción[19], y se vinculan con cuestiones temporales (sólo lo pasado puede ser recordado o vengado; sólo lo que no ha pasado puede temerse o anhelarse), espaciales (sólo lo que está presente puede ser disfrutado, sólo que está ausente puede ser extrañado), morales (sólo lo que se cree bueno puede ser envidiado; sólo lo que se cree malo puede ser lamentado). Pero las limitaciones que impone el objeto formal de ningún modo apuntan a qué objetos particulares pueden ser objeto de una emoción particular, como dijimos antes, sólo basta tener la creencia adecuada para que ese objeto se convierta en objeto particular de la emoción.

Adviértase además el modo en que Kenny consigue trazar la diferencia entre acciones intencionales (mentales) y acciones no–intencionales. A pesar de que éstas comparten el rasgo de tener objetos formales, es en el seno de los objetos formales donde radica la diferencia: la descripción del objeto formal de una emoción (como tipo de acción intensional), a diferencia

[18] Kenny está retomando la distinción escolástica entre objeto material y objeto formal.

[19] En ese sentido, el verbo «pensar (en)» carece de objeto formal porque carece de constreñimientos: no hay restricciones sobre lo que se pueda pensar (Kenny 1963, p. 190).

de la descripción del objeto formal de la acción no intensional, debe contener la referencia a creencias: «sólo lo que está mojado puede de hecho secarse, pero aquello que meramente se cree un insulto puede provocar cólera» (Kenny 1963, p. 194).

6. Tomando conjuntamente la dicotomía causa/objeto de una emoción y la preeminencia de los motivos (en la distinción de conceptos de emociones usados como sentires/motivos), se hace patente la motivación o espíritu que recorre la exposición de Kenny, esto es, brindar una caracterización fundamentalmente personal (en oposición tanto a la caracterización que podría brindarse desde una perspectiva subpersonal (Dennett 1969), como a una de carácter impersonal, más propia de las teorías científicas). Es decir, el foco está puesto en describir a las emociones de tal modo que puedan ser brindadas como razones explicativas de la conducta. O en otras palabras, cómo de hecho usamos los conceptos de emociones para dar cuenta del comportamiento de los otros y de nosotros mismos.

Es precisamente en este sentido que se verá obligado a distinguir entre la conducta que expresa una emoción y la acción que resulta motivada por ella, donde por supuesto sólo la última pertenece al ámbito de las emociones como motivos y tendría función explicativa (por ejemplo, actuar en orden a evitar el peligro es una acción motivada por la emoción de miedo, mientras que los temblores son simplemente expresivos de esa emoción).

A modo de resumen, Kenny afirma en un trabajo posterior:

> Los conceptos de las emociones individuales adquieren típicamente sus contenidos de tres fuentes diferentes: del objeto, del síntoma y de la acción. El concepto de miedo [a volar], por ejemplo, está ligado a circunstancias temibles, a síntomas de miedo como la palidez y el temblor, y a la evitación de acciones como volar (Kenny 1989, p. 99).

Aunque explícitamente aclara que éstas no son por sí mismas condiciones necesarias para cada caso de experiencia emocional, es poco plausible que una persona experimente una emoción si no se presentaran las circunstancias adecuadas, ni los síntomas, ni la conducta pertinente.

> Actuar por cierto motivo, no es actuar como consecuencia de la aparición del correspondiente sentir (…) Los sentires están ligados más directamente a los síntomas de una emoción que a la acción motivada (Kenny 1989, p. 103).

Los cambios corporales a los que ya nos referimos son entonces concebidos como síntomas (en el sentido de que están contingentemente vinculadas con) de las emociones sólo cuando ocurren en un contexto adecuado, es decir, bajo determinadas circunstancias. En sus palabras,

> palidecer es un síntoma de miedo sólo si ocurre frente a un peligro al menos supuesto, y el peligro mismo es una razón de las que miran hacia atrás para las acciones que están motivadas por el miedo.

> Así el sentir está ligado al síntoma, el síntoma a las circunstancias y las circunstancias a la acción (…) La expresión verbal del miedo está ligada al síntoma, a la circunstancia y a la acción; y una vez establecida se convierte ella misma en un nuevo criterio para el sentir (Kenny 1963, p. 99).

7. A partir del examen de los argumentos de Kenny en contra de las teorías experimentales/fisiológicas de las emociones, en particular contra la teoría del sentir jamesiana, me propuse mostrar cómo la polémica entre teorías o enfoques cognitivos y enfoques somáticos de las emociones ha disimulado cierto cambio de tema, viraje que, habiendo sido inadvertido ha diseñado el debate en torno a la naturaleza de las emociones, de modo inadecuado.

Lo que intenté mostrar es que aquello que se propone hacer William James (y también otros que profundizaron su perspectiva, desde Ekman a Prinz) es subrayar o señalar la inmediatez de las reacciones emocionales, sobre las cuales luego sobrevendrán (o no) otro conjunto de cuestiones: cómo las emociones sirven de '*input*' fundamental para la toma de decisiones (Damasio 1994), para la valoración moral (Prinz 2006), entre otros. La meta que James se habría propuesto, y considero que ha cumplido, es la de proveer un retrato de lo que sucede en nosotros (y también en muchos otros animales) cada vez que tenemos emociones. Es el sentir, la percepción de aquellos cambios fisiológicos y conductuales la razón por la que sentimos miedo (aunque como ya ha quedado establecido, *tener* miedo no coincida ni sea condición necesaria de *sentir* miedo (Goldie 2000). Mientras que, las perspectivas abiertamente cognitivas, exhiben otras motivaciones, tal como ha quedado clarificado con la propuesta de Kenny, dar cuenta de la gramática de los conceptos psicológicos ordinarios, entre ellos, los conceptos de emociones, para los cuales, naturalmente, ninguna perspectiva estrictamente fisiologista será suficiente.

References

Balzer, Wolfang, Moulines, Carlos Ulises, y Sneed, Joseph D. (1987). *An Architectonic for Science. The Structuralist Program* (Synthese Library vol. 49). Dordrecht: D. Reidel Publishing Company

Brentano, Franz (1874). *Psychologie vom Empirischen Standpunkt*. Hamburg: Kraus.

Cannon, Walter B. (1927). The James–Lange Theory of Emotions: A Critical Examination and an Alternative Theory. *The American Journal of Psychology* 39, no. 1: pp. 106–124. https://doi.org/10.2307/1415404

Charland, Louis C. (1997). Reconciling Cognitive and Perceptual Theories of Emotion: A Representational Proposal. *Philosophy of Science* 64, no. 4: pp. 555–579. http://doi.org/10.1086/392572

Damasio, A. R. (1994). Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain. New York: Grosset/Putnam.

Damasio, A. R. (1999). The Feeling of What Happens: Body and Emotion in the Making of Consciousness. New York: Harcourt Brace.

Deigh, J. (2014). William James and the Rise of the Scientific Study of Emotion. *Emotion Review*, *6*(1), 4–12. https://doi.org/10.1177/1754073913496483

Dennett, D. (1969). *Content and Consciousness*. London: Routledge & Kegan Paul.

Dror, O. E. (2014). The Cannon–Bard Thalamic Theory of Emotions: A Brief Genealogy and Reappraisal. *Emotion Review*, *6*(1), 13–20. http://doi.org/10.1177/1754073913494898

Ellsworth, P. C. (2014). Basic emotions and the rocks of New Hampshire. *Emotion Review*, *6*(1), 21–26. http://doi.org/10.1177/1754073913494897

Ginnobili, S. (2007). Hay lo que queda. Sobre la presunta tautologicidad de la teoría de la selección natural. *Análisis Filosófico*, *XXVII*(1), 75–89.

Goldie, P. (2000). *The Emotions: A Philosophical Exploration* (Vol. 53). Oxford University Press.

Gosling, J. C. (1965). Emotion and Object. *The Philosophical Review*, *74*(4), 486–503. https://doi.org/10.2307/2183125

Griffiths, P. E. (1997). What emotions really are: The problem of psychological categories. University of Chicago Press Chicago. https://doi.org/10.7208/chicago/9780226308760.001.0001

Hacker, P. M. S. (2004). The Conceptual Framework for the Investigation of the Emotions. *International Review of Psychiatry*, *16*(3), 199–208. https://doi.org/10.1080/09540260400003883

Hacker, P. M. S. (2009). The Conceptual Framework for the Investigation of Emotions. En Y. Gustafsson, C. Kronqvist, & M. McEachrane (Eds.), *Emotions and Understanding: Wittgensteinian Perspectives*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1057/9780230584464_4

James, W. (1884). What is an emotion? *Mind*, *9*, 188–205. https://doi.org/10.1093/mind/os–IX.34.188

James, W. (1890). *Principles of Psychology*. Chicago: Enciclopaedia Britannica, Inc.

Kandel, E. R., Schwartz, J. H., & Jessell, T. M. (1997). *Neurociencia y conducta*. Prentice Hall.

Kenny, A. (1963). *Action, Emotion, and Will*. Wiley–Blackwell.

Kenny, A. (1989). *The Metaphysics of Mind*. Oxford University Press.

Kuhn, T. S. (1990). Dubbing and Redubbing: the Vulnerability of Rigid Designation. (C. W. Savage, Ed.)*Minnesota Studies in the Philosophy of Science*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Laird, J. D., & Lacasse, K. (2013). Bodily Influences on Emotional Feelings: Accumulating Evidence and Extensions of William James's Theory of Emotion. *Emotion Review*, *6*(1), 27–34. http://doi.org/10.1177/1754073913494899

Lange, C. G. (1885). Om sindsbevaegelser: Et psyko–fysiologisk studie. Copehhagen: Jacob Lunds.

Lewis, M. (2008). The emergence of human emotions. En M. Lewis, J. Haviland–Jones, & L. F. Barrett (Eds.), *Handbook of Emotions, Third edition* (pp. 304–319). New York: The Guilford Press.

Lorenzano, P. (2008). Lo a priori constitutivo y las leyes (y teorías) científicas. *Revista de Filosofía*, *33*(2), 21–48.

Lyons, W. (1980). *Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9780511609244

Marks, J. (1982). A Theory of Emotions. *Philosophical Studies*, *42*, 227–242. https://doi.org/10.1007/BF00374036

Melamed, A. F. (2015). La naturaleza de las emociones, entre la cognición y la percepción. En P. Lorenzano, C. Abreu, J. Ahumada, L. Federico, S. Ginnobili, M. de las M. O'Lery, & L. Salvatico (Eds.), *Selección de trabajos presentados en el VIII Encuentro de Filosofía e Historia de la Ciencia del Cono Sur* (pp. 85–91). Universidad Nacional de Córdoba.

Melamed, A. F. (2016). Las teorías de las emociones y su relación con la cognición: un análisis desde la filosofía de la mente. *Cuadernos. Revista de la Facutlad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, *49*, 13–38.

Pérez, D. I. (2013). *Sentir, desear, creer*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Prinz, J. J. (2003). Emotions Embodied. *Perception*, 1–14.

Prinz, J. J. (2004). *Gut Reactions: A Perceptual Theory of Emotion*. New York: Oxford University Press.

Prinz, J. J. (2005). Are Emotions Feelings? *Journal of Consciousness Studies*, *12*(8–10), 9–25.

Prinz, J. J. (2006). The Emotional Basis of Moral Judgments. *Philosophical Explorations*, *9*(1), 29–43. http://doi.org/10.1080/13869790500492466

Quine, W. V. O. (1953). Two Dogmas of Empiricism. En *From a Logical Point of View*. Harvard University Press.

Reisenzein, R., & Stephan, A. (2014). More on James and the Physical Basis of Emotion. *Emotion Review*, *6*(1), 35–46. http://doi.org/10.1037/0033-295X.102.4.757

Robinson, J. (2005). *Deeper than Reason*. New York: Oxford University Press. http://doi.org/10.1093/0199263655.001.0001

Wilson, J. R. S. (1972). *Emotion and Object* (Vol. 23). Cambridge University Press.

https://doi.org/10.1017/CBO9780511735813